

Honor al Mérito

El período comprendido entre los años 1850 a 1870 será siempre de grata recordación en Costa Rica, porque durante su transcurso, la agricultura y el comercio obraron el portento de la transformación económica de este país, que portento debe llamarse, no por el tamaño de las mejoras efectuadas, sino por la magnitud de los obstáculos vencidos.

En la agricultura y el comercio encontraron los costarricenses el secreto para salir entonces de aquel espantoso estado de pobreza y de aquella supina ignorancia de los días de la colonia. El proceso de su evolución es obvio. Sembraron café y luego vieron sus puertos frecuentados por naves extranjeras; tuvieron comercio y luego se pusieron en contacto intelectual con los centros civilizados del mundo; produjeron más de lo que consumían, y luego tuvieron riqueza pública; fueron ricos y luego encaminaron sus pasos por las modernas sendas del progreso, en demanda de más altos y más lucidos ideales

para su espíritu, y de más lujosos y sensuales deleites para su cuerpo.

Entonces construyeron puentes y caminos, levantaron edificios públicos, tendieron hilos telegráficos, fundaron escuelas y colegios y ensancharon los servicios nacionales. Entonces las habitaciones particulares se tornaron más confortables y el menaje doméstico más agradable y el vestido de pobres y ricos más a la moda. Hubo inmigración, surgieron nuevas industrias, vinieron libros y maestros, artes y ciencias y las luces del siglo XIX, por fin, disiparon las tinieblas de la noche secular del coloniaje.

En verdad, aquélla fue una era de progreso, de progreso, firme, prudente y perdurable; lo que allí brillaba, brillaba por ser oro.

Al compás de tales mudanzas comenzaron a modificarse las costumbres nacionales pero como por leyes sociológicas inmutables esos cambios se verifican sin solución de continuidad ni subitáneos saltos, las costumbres de aquel período reflejaron a un tiempo mismo la apacible sencillez de la colonia y la moderna cultura de la república. Por eso los veinte años referidos constituyen la edad de oro de las costumbres costarricenses.

Este pueblo, amaestrado en la escuela de trescientos años de indigencia, ha venido en el transcurso de este siglo aguzando cada vez más

su ingenio y conformando sus costumbres para la adquisición de dinero. Se volvió codicioso y ya se sabe que el avariento do tiene el tesoro, tiene su entendimiento. El tesoro lo tiene en el pedazo de tierra, en la yunta de bueyes, en el cafetal, en el almacén, y allí pone todos sus sentidos y potencias. En ese amor al dinero se generan sus virtudes domésticas, su apego a la paz, su afición al trabajo, su respeto a lo ajeno, así como también los cívicos defectos que le hacen incapaz para los ejercicios del ciudadano.

¿Queréis encontrar, oh posteridad, nobles acciones y buenas costumbres en Costa Rica? Buscadlas en el hogar, en la vida de familia y no la busquéis en la vida pública, en el foro, en la prensa, en la magistratura, porque en éstas sólo existen por excepción. No fué así durante los años de 1850 a 1870, porque entonces hubo magníficos intervalos en los cuales mostraron los costarricenses a un tiempo mismo virtudes cívicas y domésticas. De aquel tiempo quedan consignadas en la historia de este país, inolvidables ejemplos de patriotismo. Pongamos en ellos nuestros ojos, a fin de que renazca y perdure aquí la costumbre más eximia: la de amar y servir bien a la patria.

Jamás ha estado Costa Rica tan amenazada de perderse como en los años de 56 y 57; jamás ha perdido ella el esfuerzo de sus hijos con mayor vehemencia, ni éstos le han servido nunca

tan cumplidamente como entonces. Aquella generación no tuvo precedentes que la aventajen ni la igualen en la carrera de los servicios públicos, ni ha tenido después imitadores: fue valiente, desinteresada y patriota.

Para celebrar tales virtudes vistióse de gala la ciudad de San José, el día 13 de mayo de 1857, como si presintiese que en toda esta centuria no habría en Costa Rica, día de mayor y más merecido júbilo. Recordemos, pues, en estas líneas el momento más feliz y la fiesta más alegre de Costa Rica en el siglo XIX.

Aquella fiesta fue dedicada a los soldados que regresaban de Nicaragua. El período marcial iniciado el 1º de marzo de 1856 con la memorable y nunca bien ponderada proclama del Presidente don Juan R. Mora, quedó cerrado con la capitulación de Walker, mejor dicho, con el regreso de nuestras tropas a sus hogares, y el referido 13 de mayo de 1857 fue el día señalado para que la primera división del ejército expedicionario hiciera su entrada triunfal en San José. La patria se había salvado. Sobrado motivo tenían los costarricenses para saludar agradecidos a los valientes defensores de la América Central; razón tenían los josefinos para regocijarse cordialmente a la vista de aquellos guerreros improvisados que regresaban trayendo los laureles de Santa Rosa, Rivas y San Juan.

El día doce llegaron los vencedores a la Garita del Río Grande. Allí los esperaba el Presidente, de quien oyeron las siguientes palabras de bienvenida:

«Soldados: vengo a recibirlos con el orgullo y el amor con que un padre vuelve a ver a sus hijos vencedores.

«Cien veces he querido marchar a vuestro lado pero sagrados deberes para con la República y aún más para con vosotros, que sois su potente escudo, me han detenido.

«Yo he velado sin cesar por vuestra suerte; he pensado, he soñado con vosotros; he padecido al figurarme vuestros padecimientos y peligros; me he colmado de júbilo con vuestras acciones, y lleno de fe he esperado siempre el triunfo, contento con vuestra perseverancia y dignos caudillos, con la santidad de la causa centroamericana y la visible protección divina.

«Sed bienvenidos a esta patria idolatrada que tanto os debe, y que, —yo os lo prometo—, sabrá recompensar vuestros servicios. Volved al lado de vuestras caras familias, que os esperan con lágrimas de alegría; al lado del Jefe que os admira, a quien habéis sostenido, para honor y salvación de Centro América, desde el triunfo ejemplar de Santa Rosa hasta conquistar en Rivas la última decisiva victoria.

«Trocad el fusil por vuestro arado, pero conservadle siempre dispuesto para defender la ley, la concordia nacional, que es nuestra fuerza y la patria centroamericana. Reconocimiento a nuestros dignos aliados y a los que desde aquí han cooperado a vuestro sostén. Perdón y hospitalidad generosa a los vencidos. Veneración sagrada a los mártires de nuestra libertad.

«Abrazando a vuestro General os abrazo a todos con viva emoción, y os repito:

«Sed bienvenidos, hijos los más ilustres de Costa Rica, para ser perpetuamente, como hasta hoy, en paz y en guerra, ejemplo de honradez y patriotismo.»

Juan R. Mora

Al día siguiente muy temprano se pusieron de camino para la capital en donde fueron recibidos con mayor entusiasmo. La narración de aquella solemne y conmovedora fiesta consta en la *“Crónica de Costa Rica”*. Hela aquí:

«Los soldados no marchaban a pie. Siendo la mayoría propietarios, sus familias les habían llevado caballos para que descansasen de las fatigas del camino, y millares de personas los seguían y agasajaban.

«La carretera estaba adornada desde media legua antes de entrar a la capital, con arcos, palmas, arcos improvisados, flores y banderas. Las

calles, cubiertas con el ejército nacional tendido en la carretera, desde la entrada hasta la Plaza Principal, se veían llenas de arcos de letreros alegóricos, de adornos pintorescos, flotando por doquiera el pabellón nacional, —ese pabellón más hermoso y más querido a nuestros ojos— cuajadas de una multitud de gente, de un pueblo que saludaba con viva emoción a sus vencedores. Todo, todo presentaba un espectáculo brillante y conmovedor.

«Al llegar al arco del Palacio las señoras y niñas graciosamente vestidas, arrojaron desde los balcones flores, ramilletes y coronas sobre el General en Jefe y sus valientes soldados. Los gritos de ¡Viva el Presidente! ¡Viva el General Mora! ¡Viva el General Cañas! ¡Vivan Costa Rica y sus valientes hijos! se repitieron y se confundían con los vítores a los generales aliados y a la unión, a la paz y libertad de Centro América.

«Millares de banderas con letreros y adornos manifestaban que si el pueblo costarricense celebraba los triunfos de sus hijos, no olvidaba a sus dignos aliados y hermanos. Ni faltaba tampoco un recuerdo de veneración a los mártires que sucumbieron en defensa de tan santa causa, y algunos de sus nombres se leían en un magnífico cuadro alegórico dedicado a la virtud y valor de los vencedores.

«El clamoreo de las campanas, el estampi-

do del cañón, el ruido de los fuegos artificiales, los vivas sonoros, las músicas marciales, las salutations generales en que las sonrisas se mezclaban con dulces lágrimas de júbilo y aún con el llanto de dolorosos recuerdos las oleadas de un pueblo inmenso reunido en la capital espontáneamente, siguieron a los Jefes y al Ejército hasta la iglesia Catedral vistosamente adornada, en cuyo frente se leía:

«¡ Vencedores! Rendid la espada ante vuestro Dios y Señor, y alabadle entonando su ¡Te Deum laudamus!»

El Presidente, el general, todas las autoridades, la división vencedora y una infinidad de personas llenaron la iglesia, donde se elevó un himno de gratitud al Ser Supremo.

Allí, como en todas partes, se veía a las madres, a las esposas, hijas y demás deudos de los vencedores, que los saludaban con los ojos arrasados de llanto, mientras que el pueblo lleno de fe elevaba sus preces en acción de gracias por el triunfo y el restablecimiento de la paz.

La augusta ceremonia terminó con una salve cantada por varias señoritas. Admirable cántico que imponía recogimiento solemne, que penetraba en todos los corazones y que sin duda llegó puro y gratísimo hasta el cielo.

Terminada la cristiana función, todos se di-

rigieron al son de los vivas y de las bandas marciales al anchuroso edificio de la Universidad, hermosamente preparado para recibir a los vencedores.

En el salón principal se hallaba una mesa abundantemente cubierta para ciento cincuenta personas, y los claustros contenían mesas suficientes para la división vencedora, con viandas y licores en profusión obsequiados por el vecindario de San José.

Jefes, autoridades, ciudadanos y soldados, confundidos, se entregaron en el mayor orden y armonía a los placeres de la mesa, a una animada conversación y a brindis entusiastas. Las demostraciones de alegría resaltaban en todas las fisonomías.

En la sala principal del edificio se veía, entre otras, una bella alegoría. Costa Rica representada por una preciosa niña, reposaba sobre un blanco pedestal en que se leían en letras de oro los nombres de los principales combates; una bandera con leyendas de oro tremolaba en una lanza sostenida por su mano derecha, y a sus pies se veía un tigre postrado, humillado, vencido por aquel ángel de paz y libertad.

Al concluir el banquete, el Presidente, acompañado de otras personas, se colocó en el centro del gran patio donde estaban ya formados los vencedores, y dijo:

«Soldados: brindo por los Gobiernos y pueblos aliados de la América Central, por sus dignos Jefes y soldados; por mis hermanos los Generales Cañas y Mora; por la santa memoria de los que murieron por salvarnos, y en fin, por vosotros mis queridos soldados, honor y escudo de la Patria. ¡Viva Costa Rica!»

Un grito unánime, ferviente, conmovedor, respondió al Presidente, y en seguida todos se retiraron en la mayor confraternidad y alegría.

Los soldados que habían recibido el día anterior un vestido completo, recibieron además una cuarta y un rollo de tabaco cada uno, y por la tarde volvieron a sus casas a reposar de cinco meses de fatigas, de peligros, de combates y de glorias.

Por la tarde hubo paseos y en la noche bailes y reuniones llenas de júbilo. En medio de las alegres muchedumbres, pululaban infinidad de grupos formando el más singular contraste: unos trescientos filibusteros, desertores de Walker, habían entrado en la capital momentos antes que las tropas; todos andaban en libertad, por todas partes se veían, se mezclaban con los naturales, que ni aún en ese día de exaltación les dirigieron la más leve ofensa. Al contrario, los agasajaban; los mismos soldados les daban parte de su pan, bebían y brindaban con ellos y les probaban una vez más que los que con más coraje habían sabi-

do lanzarse a combatirlos, sabían perdonarlos, haciendo noble alarde de la generosidad del pueblo costarricense.

El día 13 y su noche concluyeron en medio de la alegría más general, sin que hubiese que reprimir ningún desorden ni castigar la más leve falta.

La división de Cartago, mandada por el valiente capitán don Indalecio Sáenz, prosiguió su marcha a las seis de la mañana del día siguiente.

Todos los pueblos de la República, cooperaron activamente al sostenimiento de aquella patriótica campaña. Liberia, Puntarenas, Alajuela, Heredia y San Ramón otorgaron su generoso tributo a la patria, pero ninguno pagó su contingente de sangre como San José y Cartago.

A las diez de la mañana llegaron los expedicionarios al punto desde donde se distingue la ciudad, y allí, como si tocaran, en las frescas brisas de Quircot y en la amena vista del valle, los dinte'es de sus domésticos hogares, prorrumpieron en un hurra estrepitoso y unísono, expresión de su cordial saludo a Cartago.

Prosiguieron el camino y al tocar tierra de Taras encontraron al gobernador don Félix Mata y al comandante Montero, seguidos de un numeroso concurso de militares y paisanos que los iban a recibir de camino, movidos del general y

merecido entusiasmo que inspiraban aquellos abnegados defensores de la patria.

La calle real, desde el cementerio hasta la iglesia de Los Angeles, estaba profusamente adornada con doble línea de cañas bravas matizadas con mirto y uruca; pendían de puertas, ventanas y paredes, vistosos cortinajes, palmas y flores, y por todas partes flotaban en alegres gallardetes y banderas, los simbólicos colores de la patria.

La columna acompañada de todo el pueblo de Cartago, avanzó a lo largo de aquella senda florida, recibiendo incesantes testimonios de afectuosa simpatía. Aquel diminuto ejército, sin uniforme, ni disciplina ni aire marcial, deslumbraba sin embargo a la muchedumbre con los destellos de sus inmarcesibles triunfos; aquella legión de artesanos y labradores, que habiendo suspendido meses antes sus pacíficas labores al oír el clarín que llamó a la guerra y dejando en abandono su familia y su heredad para lidiar y verter su sangre por la santa causa de la patria, y que ahora, concluída la campaña, venía a deponer las armas para luego proseguir en sus rústicas tareas y ordinarios oficios, sin otra recompensa que la de haber cumplido con su deber, no necesitaba en verdad, de brillantes uniformes ni de diestras evoluciones para cautivar la voluntad de quienes veían en ella otros más excelentes y meritorios atavíos.

Así, aclamados y bendecidos, llegaron aquellos guerreros a la plaza de San Nicolás, en donde todos los jinetes descendieron de los caballos, para continuar a pie su marcha, y hacer más interesante y ordenado su desfile.

«En la esquina de la Plaza Principal—dice *La Crónica*—se levantaba un magnífico arco de triunfo. El arte y la naturaleza se ostentaban en él. Sobre dos grandes basamentos cubiertos de palmas y flores, se levantaban cuatro columnas, que, formando un templete en cada uno de los lados, sostenían el cuerpo superior del arco perfectamente dirigido y ejecutado, rematando en vistosos festones, adornados con banderas, gallardetes y trofeos, y con un escudo en que se leía en letras de oro: Vivan Costa Rica y sus valientes.»

Ahí se efectuó entonces una ceremonia tierna y expresiva cuyo recuerdo jamás se apartó de la memoria de quienes la presenciaron. Un grupo de señoras respetables, puestas junto al arco triunfal, daban la bienvenida a los guerreros, regando flores a su paso y condecorando sus pechos con cucardas nacionales o ciñendo sus frentes con coronas de laurel; allí estaba de protagonista, como emblema de la patria, doña Anacleto Arnesto de Mayorga, tipo el más perfecto de la alta dama cartaginesa, señora la más ilustre de Costa Rica, cuyas eximias virtudes perennemente proclamaban los setenta enfermos asilados

hoy en el hospital que ella fundó, y las doscientas niñas que recibieron instrucción en el suntuoso edificio escolar que ella costeó, y cuya entereza de carácter e inagotable patriotismo sirvieron de fecundísimo dechado, así para combatir la execrable tiranía de Carrillo, como para rechazar el ominoso yugo de Walker; allí estaba aquella nobilísima matrona, vestida de luto riguroso porque había muerto su hijo en la campaña, pero radiante de alegría porque su filantrópico corazón siempre palpitó al compás de la dicha o la desgracia ajenas, sin reparar en el hado triste de su casa; allí estaba para dar, en unión de doña Teodora Ulloa, un testimonio de su generosidad y patriotismo.

Ambas señoras detenían uno a uno, a todos los expedicionarios bajo el arco: a los oficiales para obsequiarles una corona y prenderles al pecho una medalla de oro, guarnecida de vistosa escarapela nacional, y a los soldados para poner también en su pecho una moneda de oro, un escudo, envuelto en los colores de la bandera que ellos mismos habían hecho tremolar triunfante en cien combates.

Cuatro niñas gentiles derramaban flores desde los templetos del arco; un numeroso concurso desde la plaza gritaba entusiasmado; el cañón tronaba, repicaban las campanas y tocaba la banda aires marciales, formando todo ello, sin embargo, una escena de gratísima armonía, por-

que cuantos ruidos se oían, estaban concertados y de acuerdo con el diapasón de la patria.

En aquella escena de férvido entusiasmo se revelaban no sólo el regocijo cívico por el afortunado regreso del ejército, sino también el afecto individual que inspiraban en el vecindario todos y cada uno de los soldados. Era aquello más bien una escena de familia, un suceso venturoso del hogar, que ponía de manifiesto la sinceridad con que se daban los costarricenses el tratamiento de hermanos.

Cuando se hubo terminado la ceremonia de la condecoración, todo el concurso se puso en movimiento hacia la iglesia de Los Angeles. Rompía la marcha el simpático capitán don Indalecio Sáenz, caminando en medio de doña Anacleto y doña Teodora; seguían en pos las otras damas y señoritas; luego la columna de vencedores; después las autoridades y vecinos principales, la tropa que había salido al recibimiento, las mujeres, los muchachos; que allí iba todo el pueblo de Cartago, a prosternarse agradecido por el restablecimiento de la paz ante la imagen tutelar de la ciudad.

Dichosos ellos que doblaron la rodilla e inclinaron la cabeza y aquietaron la conciencia, confortados y movidos por su fe; dichosos ellos que pudieron agregar a sus himnos de victoria tiernos cantos de alabanza al Ser Supremo, y

que, tocados de piedad, acrecentaron su bélico denuedo pensando en el místico santuario del To-yogres; dichosos ellos que rezaron al pie del legendario tabernáculo la promesa de «La Salve», ofrecida en el combate de San Jorge o en el rudo cañoneo de Cuatro Esquinas o en el fragor de Rivas o en las borrascas del Lago o en el raudal de Machuca o en la Punta de Castilla; dichosos ellos que volvieron trayendo sin mancilla la bandera y limpio su nombre y vívida su fe.

Concluida la función religiosa regresó la concurrencia a la plaza principal y a la sala capitular, en donde ya sin etiquetas hubo abrazos, tragos y brindis a discreción. La fiesta terminó con un viva estrepitoso a Costa Rica, y los soldados tomaron en seguida el camino de sus casas orgullosos de llevar consigo una cuarta y un rollo de tabaco que les había dado don Juanito, un escudo doña Anacleto y un "Dios te lo pague", la patria.

No terminaron con sólo esto las manifestaciones de pública alegría con motivo del triunfo de las armas centroamericanas y restablecimiento de la paz; los festejos acabaron en la capital con un suntuoso baile de palacio, dado en la noche del 24 de mayo de 1857.

Desde varios días antes se pusieron en movimiento los comerciantes, sastres, zapateros y costureras de San José, haciendo su agostillo; de

los anaqueles de don Leoncio de Vars salían cortes de gasa y tarlatana innumerables y de raso, muy contados; crespones, abalorios, cintas, guantes y botones en razonable cantidad; perfumes pocos; casi nada de pinturas, pero sí muchas crinolinas y tontillos del segundo imperio. Miss Maty ponía en boga sus talleres con unos preciosos túnicos llenos de menudos vuelos, desde la cintura al rodapié. La zapatería de Boulanger agotaba su acopio de botines y medias botas de charol y la casa de Mr. Marr, en la calle de la Gobernación, no daba abasto a los pedidos de fraques, levitas y chalecos de terciopelo a cuadros.

Los preparativos anunciaban una gran fiesta; el inolvidable maestro Gutiérrez ensayaba diariamente la banda, poniendo especial esmero en su nuevo vals *El Palacio*. Habría opípara cena: todo el San Julián, Medoc, Pajarete y Madera de don Víctor Castella, corría por cuenta del baile; habría luminaria: todas las linternas y vasos de color del taller de Mason quedaban a la orden; habría muchísimo verde: todas las hojas de plátano y ramas de uruca de la ciudad pasaban en montones a palacio; y habría, sobre todo, gran contento, porque el patriótico entusiasmo se desbordaba entonces de los pechos.

Para que los encargados del arreglo no tuvieran después pretexto alguno que alegar, se les puso anticipadamente a su orden todo el edificio; lo cual quiere decir que durante varios días ni

ios ministros, ni los escribientes, ni nadie volvió a trabajar en las oficinas públicas. El palacio se transformó a la voz omnipotente del director del baile. Esas mesas con tapete verde y esa ruleta al ministerio de Hacienda; esas mesas con manteles blancos y esos cuchillos y tenedores al de Relaciones; esas consolas y perfumes al de Guerra; los licores abajo, las palanganas arriba; afuera con estos legajos; arrinconen esos libros; boten esos papeles; y así por ese estilo aquella avalancha festiva inundó por entero el edificio. Mucho fue que concedieran a Tata Calixto, conservaje de palacio, el proseguir reposando en su cuartocho.

Las invitaciones circularon por doquiera. Acudieron los provincianos: unos se hospedaron en el Club Nacional de Cauty, que tenía apartamentos para forasteros; otros en el Hotel San José, de Rohrmoser, y los que quisieron estar como en su casa, cuidados a cuerpo de rey sin echar de menos los frijoles y el picadillo buscaron la hostería de doña Narcisa Landambert; pero, la verdad, casi todos se apearon en casa de sus conocidos.

Llegó, por fin, la noche del 24 de mayo de 1857. "El edificio estaba precioso. Millares y millares de variadas luces iluminaban el espacioso peristilo del palacio. Sus blancas columnas y arquerías estaban matizadas con arbustos y hojas de plátano, de donde pendían brillantes bombi-

tas que reflejaban mil luces sobre las pinturas que cubrían las paredes de las altas y bajas galerías. El frontis del salón del Congreso se veía festoneado en todos sus arcos, relieves, cornisas y ventanas con luces de colores. Sobre sus arcos se veían varias leyendas laureadas o entre guirnaldas de mirto que decían: *Gloria a Costa Rica y sus valientes; Honor y Patria; Concordia y Progreso; Amor a la virtud y a la hermosura.*

“El salón lleno de hermosas jóvenes elegantemente vestidas, de señoras y caballeros, de todas las edades, presentaba una vista no menos sorprendente con sus artesonados de renacimiento, sus espejos de Venecia, sus magníficas arañas, sus mesas doradas y de mármol, sus cortinajes, su trono y sus lindísimos adornos”.

Cuando los acentos marciales de la banda anunciaron la llegada del Presidente Mora, y éste entró al salón y tomó asiento, bajo magnífico dosel, los circunstantes, puestos de pie, guardaron religioso silencio y sintieron profundísima emoción, cautivados agradablemente, porque aquel Jefe era entonces la genuina representación de la patria, y porque aquellos acentos marciales eran los del himno de Santa Rosa que evocaban el recuerdo de la mejor y más heroica jornada de la campaña.

Pasado aquel primer momento de respetuosa seriedad, vinieron la animación y el buen humor.

Cada cual buscó pareja, y voluntariamente se dejó llevar por la corriente de la fiesta, y por ella fue arrastrado y sumergido en una vorágine de empujones, de pisotones y codazos sin fin; que siempre han sido muchos los llamados y pocos los escogidos de Terpsícore.

Escogidos allí, que llamaran la atención, Clodomiro Escalante, para una varsoviana, Joaquín González, para un vals, Juan Knohr para una galopa, mayormente si acertaban a dar con una compañera diestra y guapa, que sí las había, porque allí estaban resplandecientes de belleza y juventud, Lastenia Bonilla, Elena Castella, Mariana de Vars, y algunas pocas más que sabían bailar muy bien.

Lo cierto es que en aquella noche, bien o mal, todos bailaban a porfía, para dar así público testimonio del culto que rendían a la ventura de su patria y a la hermosura de su dama. "Amor y Patria", esa era la consigna. "¡Viva mi pareja! ¡Viva Costa Rica!" —esa era la expresión de la consigna. Por eso las festivas risas del Mácho Alvarado provocaban un ¡vivan los valientes!; y los lucientes ojos del gentil Castella, un ¡bravo las hermosas! Por eso la cojera de Joaquín Fernández producía un ¡hurra el Once de Abril! y los donesos aires de la Marianita, un ¡viva la gracia!

Allí sólo se hablaba de la guerra y del amor. En un corrillo se ensalzaba a Cañas y se aplau-

día a Jerez; en otro se renegaba de Beloso y se maldecía a Vigil. En un extremo de la sala se refería la misteriosa explosión del "Bulwer" y la captura temeraria del "San Carlos"; y en el otro se narraba la defensa del Castillo Viejo y el desastre de La Trinidad. Aquel desventurado mozo, demudado su semblante por amorosa pasión, conversaba con esquiva dama comparando el torbellino de su pecho enamorado, con las deshechas tempestades del embravecido lago; y este otro afortunado galán, hablaba en dulces deliquios del abrigo hospitalario de Ometepe: que toda aquella sociedad respiraba entonces un ambiente impregnado de bélico entusiasmo y de encendido patriotismo.

Conforme avanzaban las horas de la noche, iban aumentando en la reunión los transportes de alegría, hasta llegar al colmo cuando arrebatados los bailarines por los acentos impetuosos del vals *El Palacio*, fatigados y jadeantes, hicieron breve estación para aclamar al maestro Gutiérrez con el sobrenombre de "el músico", y para tomar también algún refrigerio en la cena.

Pero ni los acordes de la música, ni la fragancia de las flores, ni el espíritu del vino, ni los ojos de las damas, con ser acicates que aceleran tanto el curso placentero de la sangre, pudieron allí traspasar los linderos de la cultura ni convertir en licencias de mal gusto los arranques de alegría, porque entonces ¡oh juventud contemporánea! no

eran indicios de roce social ni prerrogativas del buen tono, el desparpajo, la confianzuda llaneza, el lenguaje epigramático y la impúdica agudeza de hoy en día.

Y si no, veamos lo que pasó en la cena. Tocó en suerte a don Clodomiro Escalante, aquella vez, tener por compañera de mesa a una Josefita, cuyo apellido no hace falta al cuento, pero cuyas abultadas formas sí es preciso consignar aquí. También conviene decir que tan luego como se sentaron, él hacía fuertes entradas a una pechuga de gallina y asiduos galanteos a la niña, alternativamente. Ella, por contra, despuntaba unas hojas de lechuga y entornaba con rubor los ojos. Así las cosas, acertó a pasar "El Zuavo"¹ junto a ellos y a poner su mirada con envidia en las blancas carnes de la pechuga y quizás en las turgentes de la dama, por lo cual, felicitando al camarada de Rivas, usó de una frase vulgarizada en la campaña y le dijo: "¡Carne de Chepa! mucho bueno, mucho bueno". La Josefita tomó la frase por alusión torpe a su persona y creyéndose ofendida volvió por su respeto. Perplejo se quedó el Zuavo sin barruntar su falta, porque ignoraba que aquella Josefita se llamaba Chepa. Para desvanecer el yerro de la niña, fue preciso que don Clodomiro narrase la siguiente historia:

Después de nuestra pavorosa retirada de Ri-

(1) D. Pedro Barillier, militar francés al servicio de Costa Rica durante la Campaña Nacional.

vas, tomó grande incremento la falange filibustertera; sin embargo, los aliados lograron por fin obligarla a reconcentrarse en Granada. El sitio de esa infortunada ciudad fue sin duda una de las jornadas más sangrientas de la campaña. Allí mostraron los yanquis, a un tiempo mismo, indomable valor y crueldad salvaje. El innecesario incendio de Granada los vilipendia, pero su perseverancia, digna de mejor causa, los enaltece. Henningsen, con trescientos filibusteros, debilitados por el hambre y por la peste, resistió allí sin rendirse nunca al empuje de los mil quinientos aliados.

Durante los primeros días del sitio, libres aún las comunicaciones con el lago, atracó al muelle de Granada la india Chepa, en velera navicilla provista de sabrosas frutas y blandos amasijos de Ometepe. A mala hora llegó, en verdad, la desventurada vivandera,² porque los aliados tomaron luego el fuertecito del muelle, cortaron las comunicaciones y apretaron tanto el cerco, que a ella le fue forzoso compartir los rigores del asedio. A más de las balas centroamericanas, el hambre, el tifus y el cólera diezaban el campamento; el hambre, sobre todo, era azote principal. Ya los filibusteros habían agotado sus provisiones; ya se habían comido los caballos; sólo tenían guaro y brandy; bebieron, y embriagados divisaron en las

(2) *Cachadoras* llaman en Nicaragua a las vendedoras ambulantes.

frescas y turgentes carnes de Chepa, rico manjar. ¡Antropófagos! se la comieron, y lo que es peor todavía, después blasonaron de su hazaña, diciendo: —“¡Oh carne de Chepa! mucho bueno, mucho bueno”.

La noticia de tan horripilante aventura se divulgó luego en Nicaragua, por lo cual nuestros soldados al recibir cada día la ración de un puñado de frijoles crudos y otro de maíz, decían, como para significar que ellos también eran capaces de soportar las mayores privaciones, la frase de los yanquis: —“Oh, carne de Chepa, mucho bueno, mucho bueno”.

No puedo responder de la verdad del cuento, agregó don Clodomiro, pero por auténtico corrió en la campaña y en los periódicos oficiales informados por personas fidedignas.

Contada como fue la historia de la desventurada vivandera de Ometepec, quedó satisfecha la Josefita, y desvanecida la ligera nubecilla de la cena, porque todo lo demás estuvo en ella a pedir de boca.

Mucha originalidad, sabrosas viandas y frecuentes brindis: he ahí en síntesis la cena. Hoy ha caído en descrédito la costumbre de los brindis; pero entonces estaba en boga, y por lo tanto hablaron muchos comensales.

Tema: las glorias de Costa Rica. Allá se le-

vantaba un orador, pronunciando un himno de victoria, acá se levantaba otro, murmurando patriótica alegría; ora se hablaba de la impetuosa carga de Santa Rosa, ora de las sangrientas calles de Rivas; si alguien aludía a San Jorge, todos pensaban en Guardia; si alguien aludía a San Juan, todos pensaban en Cauty, al solo nombre de Mora y Cañas se erguían las frentes con orgullo; al solo nombre de Alfaro Ruiz y Quirós se inclinaban con ternura; que allí se hizo entonces el gloriosísimo recuento de la campaña, tejiendo en sentidas frases palmas de laurel para los héroes, y coronas de siemprevivas para los mártires.

Sin embargo, nadie mentó entonces al héroe de los héroes y al mártir por excelencia, Juan Santamaría, como para significar con esa omisión cuán frecuentes y comunes fueron en los soldados la abnegación y el sacrificio; pero luego que se serenaron los espíritus y se aquilataron los servicios de cada uno, brilló a la luz de irrefutables testimonios, por encima de todos sus compañeros "El Erizo". Fue menester el transcurso de ocho años para que se cumpliera con perfecto conocimiento de causa, tan merecida reparación. Un ilustre colombiano, don Juan de Obaldía, narró en 1864 (por primera vez oficialmente) la inmortal hazaña del Mesón. He aquí sus palabras:

"Hay un hecho de esa brillante campaña,

tan fecunda en bienes, que no debe quedarse en el olvido. Walker, en Rivas, se había apoderado de un edificio conocido con el nombre de Mesón de Guerra, desde donde se hacía un fuego mortífero a los soldados de este país. Toda tentativa de tomarlo sin artillería de sitio, era completamente inútil; incendiarlo se hacía necesario, y faltaban para ello cohetes a la Congrève u otros proyectiles semejantes. Entonces uno de los jefes de esta República vuelve sus miradas a la tropa y pregunta si habría allí un héroe que aceptase voluntariamente cierta comisión salvadora del ejército, pero que envolvía el sacrificio del que la admitiese. La comisión fue aceptada: espérase la noche; hácense los preparativos convenientes, y entra un desconocido a aquella ciudadela, seguro de encontrar la muerte en su recinto. El fuego comienza; pero su luz descubre al incendiario; una bala enemiga le despedaza el brazo en que brilla la tea, y funciona el otro brazo con nueva tea, sin que el valor desmaye. Arde el edificio, vuelan las municiones y todo se consume; huyen aterrados los filibusteros, y se canta la victoria... Señores, el héroe humilde, imitador de Ricaurte en San Mateo, se llamaba Juan Santamaría. ¡Honor a su memoria!"

Concluidos los discursos de la cena, se levantaron las parejas y se fueron a bailar. Sin embargo, algunos concurrentes, los recluidos en el ministerio de Hacienda, ni bailaban, ni comían:

sólo jugaban. En aquel tiempo se jugaba más y con más desenfado que ahora. Notables personajes de la época rendían pleito homenaje al juego, y hasta toleraban en él las prestidigitaciones. Una “zorra” en los gallos, una “fiera” en los dados y un “colipateo” en los naipes, señales eran de ingenio que no denigraban mucho.

Por entre el murmullo de voces del ministerio de Hacienda se oía aquella voz sobresaliente, acompasada y monótona del “montero” que decía: —“gana el as y pierde el rey; gana el cuatro y pierde el dos”— y se veían cien manos que frenéticas bajaban sobre la mesa, ora poniendo las apuestas, ora retirándolas dobladas si ganaban.

Y así al compás del canto rítmico del banquero resonaban los metálicos tañidos de las cuartas y medias onzas, y los ayes de los “torcidos”, hasta que un “ya no hay talla” daba momentánea tregua a aquel trajín. Durante el intermedio, el banquero barajaba el naipe, poniendo las cartas, como por acaso, en grupos cabalísticos, de inocente combinación al parecer, pero de estructura misteriosa en realidad; luego las reunía, y tendiendo la mirada sobre el campo de batalla, con voz solemne decía: “Muchachos, se va María”. Sin embargo, nadie entraba antes de que saliera el “caritazo”³ para ver cómo venía la talla.

(3) La carta en puertas.

—Gana el caballo y pierde la sota.

—Ahí, espérenme. ¡Ajá! conque gana el caballo y pierde la sota: esto viene al revés; me pongo al cuatro.

—Tenés razón; a mí me gusta mucho ese cuatro.

—Gana el seis y pierde el cuatro.

—¡Hombre, ve qué cosa, se perdió el cuatro! Eso sí es puro "tuerce", porque ese cuatro era imperdible.

—Yo que vos, le metía otra vez, porque colijo que viene oreja de mula.

—Bueno, el que toma consejo muere de viejo, vamos a ver cómo se porta ahora el cuatro.

—Gana el dos y pierde el cinco; gana el tres y pierde el cuatro.

—Al demonio con el cuatro; si ya no quería seguirlo; eso me pasa por tonto.

Por supuesto que no eran sólo esos los diálogos y monólogos de la mesa.

—Alto ahí: ¿a dónde va esa cuarta?

—Porque es mía.

—No, señor; no ve Ud. que estaba en la sota y que ya se la llevó el montero.

—¡Ah! bueno, pero no se enoje.

Al mismo tiempo uno de los mirones decía:

—Tin, tan; tin, tan.

—Señores, ¿por quién estarán doblando?

—Por un muerto; ¡ah, pobre angelito!

—Vea, don Cándido, abra los ojos; ¿no ve que ya le enterraron la sota?

—Hombré, de veras ¡ah, mi sota! ¡caray, que aquí el que pestaña pierde!

La talla comenzó y acabó mal para el banquero, porque el vecino apunte de su derecha, atisbando la “cábula” del ojo, le había dado golpes mortales. A la menor indiscreción del montero, como el apunte pudiera vislumbrar las zapatillas de un rey o los cascos de un caballo, allá se iba con un cerro de cuartas, seguro de ganar “boqueras”⁴ las apuestas, y lo peor del caso para la banca consistía en que tras el apunte se iba toda la mesa. Por fin echó de ver la cábula y sin darse por entendido resistió el chubasco hasta decir: —“Ya no hay talla”.—Puso luego todos sus sentidos en el siguiente barajo, limpió su frente bañada en sudor, y dijo: —“Se va María”.—Dio el caritazo y, como por descuido, enseñó las reales zapatillas al vecino. Por supuesto, sobre el monarca se enfilaron los puñados de medias onzas.

—¿Ya están?

—Sí, compadre, dele fuego.

—Allá va; gana el rey y pierde el rey.

Un lastimero gemido salió entonces de todos los labios.

—¡Ay, ay, ay! ¡maldito rey!—. El banque-

(4) Primera baza inmediata a la apuesta.

ro, en tales casos, tomaba para sí la mitad de las apuestas.

—¡Alto! ¿por qué se lleva tres, y me deja dos?

—Mi vida, porque yo “manejo el fierro a la machota”.

—¡Válgame Dios! ¡Qué leyes ésas!

Dioles en seguida, para ocultar el lazo, algún respiro, y luego, con la misma destreza enseñó los cascós del caballo. El fisgón, poniéndose al caballo, dijo:

—Aquí muchachos; este ruco es imperdible. Todo el mundo púsose con él.

—Gana el caballo y pierde el caballo.

—¡Ay, ay, ay! ¡Nos volvieron a despedazar!

—¡Ajá —decía el banquero— conque ya se les acabó su palito de gallinas! ¡A ver dónde se apuntan ahora mis hijos!

—Al as.

—Gana el as y pierde el as.

—Al cuatro.

—Gana el cuatro y pierde el cuatro. Y así por ese orden prosiguió el banquero hasta dejar a los apuntes sin nada en los bolsillos.

En el otro extremo de la sala se hacían variaciones sobre el mismo tema: —Todos la dicen.

—Uno en la mitad.—Cinco en eso.—Una cuarta por la cola.

—Tiro a la cabezona.

—Sí, pero pagando.

—Tiro y pago.

—Barajo. Barajo. Barajo. Las tres del soldado.

—Ahora sí; déjese venir.

—Va su golpe; senas.

—Otro la dice.

—Paro y pinta.

—A ustedes: cuatros.

—A contar.

—Jale.

—¿Cómo que jale? Son seis onzas.

—Yo no dije “pago”, sino “a usted”.

—Pero iba tácito el pago.

—Qué cuento de tácito ni qué canilla de muerto; el juego lo hace la boca.

—Bueno, pues, se acabó. ¿Cómo le dicen?

—Dele por si son.

—Quite de ahí, que no estamos pasando el tiempo.

—Paro.

—Voy a mí.

—Perdés.

—Doble a sencillo; voy a mí.

—Perdés.

—Va su tiro. Cuatros.

—Ya lo ven; si el dado estaba al alzo.

—Caray, de veras, bien dicen que a estos “sardos” sólo hablar les falta.

Y así en ese lacónico embolismo estaban, cuando llegó un mozo bailarín a probar fortuna;

con mucho garbo tiró media onza en la mesa y dijo: —Uno en la mitá de esa india

—Vaya busque las compañeras, hijito, y vuelva para que le tiren; ¿no ve que el juego está muy grande?

—Bueno, don Fortunato, ¿pues entonces lléveme en ancas?

—Arrímese: —As y dos.

—Perdiste tu media onza.

—No, señor, que salió sencilla.

—Sí, pero vos ibas en la cabeza.

—La mesa habla—. Perdió el bailarín su “chola” sin tocar los dados, y salió con las orejas encendidas como dos tomates.

Don Fortunato no se corrió sino que dijo:

—Aguarde el traído; y ganó y volvió a ganar, sin que nadie le pudiese quitar el dado.

—¡Qué vuelve! ¡Ya cogió los estribos! ¡Pongan los huesos de punta! ¡Oh leche de hombre! ¡Dios habla por los segovianos!— Y el afortunado tahur de cada parada tomaba el diezmo, y la bolsa.

—Tilín; tilín...

—Quítense el sombrero, que están alzando.

—¡A profundis! ¡Se fue a Honduras! ¡Qué feo es eso!!

Pero don Fortunato no hacía caso de las pullas sino que más bien comenzaba a preparar el lance de la retirada, diciendo:

—Oigan señores, qué varsoviana la que es-

tán tocando. ¡Ah, batuta la de Gutiérrez! Y yo que no he visto a derechas el salón, ni he reparado bien en las muchachas.

El coro unísono, como para impedir la deserción, le contestaba:

—Déjese de músicas. Quién mete a los viejos con muchachas. A ver, raje este tiesto de California.

Y don Fortunato, con visibles ganas de soltar, tiró con desmedida fuerza los dados, y dijo:

—Al tiesto—. Una sena quedó sentada en media mesa y la otra rodó y cayó afuera.

—¡Mucha pólvora! ¡Mejor se le hubiera caído una muela! ¡Busquen el grano!

Y como todos solícitos se levantaron para buscarlo, halló don Fortunato pretexto para levantarse también, y dijo:

—Voy a darme una asomadita al baile.

—¿Qué va a hacer, hombre? Si todavía es temprano.

—No, no, ahora vuelvo.

El coro a la sordina gruñó diciendo:

—¡Ajá! vuelvo... las espaldas. Quien no te conoce que te compre. Ya eso y lo que se llevaron los moscos, todo es uno. Ganan y se van; pierden y se están.

Poca cosa pudieron hacer después los jugadores, porque no tardó mucho en anunciarles la conclusión de la velada el runrún de que don Juanito llamaba a los edecanes para irse. Eran

las cuatro de la mañana, precisamente, la hora en que se retiró el Presidente.

Poco después había ya terminado la fiesta. Desaparecieron las señoras y señoritas arrebu-
jadas en sendos mantos de lana; en pos de ellas se fueron cabizbajos los galanes; desfilaron ta-
citurnos los jugadores; ausentáronse los músi-
cos; marchitáronse las flores y apagáronse las
luces, para que la oscuridad y el silencio de sú-
bito testificasen allí la rapidez con que discurren
en la vida los instantes felices.

En efecto breves y fugaces fueron aquellos festejos tributados a las glorias militares de Cos-
ta Rica, como fueron en la historia patria breves
y fugaces los veinte años que constituyeron la
edad de oro de las costumbres cívicas costarri-
queñas.

Pasaron y se hundieron en los abismos del
tiempo aquellos soldados aguerridos y aquellos
ciudadanos celosos y aquellos caudillos probos y
rectos; pero aún perdura la estela luminosa de
su paso, porque dejaron, como eterno testimonio
de su ardiente patriotismo, afianzada la existen-
cia autónoma de Costa Rica.